

## ADOLESCENCIA E INTERPRETACIÓN

### Encrucijadas de los modos discursivos, las ocurrencias inconscientes y el transivismo

#### simbólico

Javier García

#### Introducción

Debo reconocer que no me siento afín a la separación etaria dentro del psicoanálisis, o a algún tipo de distinción claramente definida como “*especialidad del Psicoanálisis*”, que demarque una “*técnica*” psicoanalítica en sí misma, con pautas definibles por edades o por psicopatologías. Esto no se debe, claro está, a que no concuerde en que es posible y a veces, necesario, hacer ciertos ordenamientos que nos orienten en nuestra práctica. Mi opinión responde al hecho de que priorizo al Psicoanálisis como experiencia inconsciente singular y artesanal. Experiencia inconsciente tanto para el analizando como para el analista, aunque desde lugares distintos y con metas también diferentes. El recurso teórico del analista es por eso tan necesario como insuficiente y excéntrico a la experiencia. Ella constituye, en mi opinión, un núcleo infantil reprimido<sup>1</sup>, inefable en sí mismo, pero causa de todos los relatos posibles, incluidos los de teoría psicoanalítica. Singular tanto para cada analista en un momento dado y con un paciente, como para cada analizando, por lo que las generalizaciones que podamos hacer tienen un inevitable núcleo de inestabilidad. Artesanal<sup>2</sup>, al menos hasta ahora, pues pienso que el Psicoanálisis tiene su difícil especificidad en la experiencia inconsciente que cada analista tiene de su propio análisis como crisol de su historia y deseos, la transmisión de sus docentes, colegas, lecturas y, de la práctica con sus analizandos. Es decir, algo inatrapable por la racionalidad y que se hace apenas rasgo en los discursos. Reconozco, claro está, que estas preferencias están bastante a contrapelo de las tendencias culturales actuales, de donde el Psicoanálisis no queda excluido.

<sup>1</sup> Agamben, Giorgio; “*Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*”, Adriana Hidalgo editora, BsAs, 2001, pág. 66.

<sup>2</sup> Baranger, Willy; “La situación analítica como producto artesanal”, en: “*Artesanías psicoanalíticas*” Ed. Kargieman, BsAs, 1994, pp.445-462.

Organiza:



Fundación  
**SOCIEDADES  
COMPLEJAS**


Auspician:

**N**  
noveduc

**eccolequá**  
consultora educativa

Convocan:

 UNIVERSITÉ  
PARIS DESCARTES

 PSYCHOLOGIE CLINIQUE  
PSYCHOPATHOLOGIE  
PSYCHANALYSE

 UCES **apba** asociación  
de psicólogos  
de Buenos Aires  
Carrera de Psicoanálisis con adolescentes

**CILA**  
Collège International  
de l'Adolescence

**APU**  
Laboratorio de Adolescencia  
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

Si este núcleo fuerte del Psicoanálisis tiene una esencia enigmática y singular, no por ello nos inhibe de hacer relatos a partir de nuestras experiencias, sino por el contrario, nos empuja a ellos. Que estos relatos tengan que disciplinarse en formatos –“papers”- que provienen de otros campos del conocimiento, tiene un lado inevitable y otro confrontable, conflicto que prefiero no eludir.

Menciono así, brevemente, puntos de partida, para pasar a situarme frente a dos conceptos: *interpretación* y *adolescencia*. No pienso allí un punto de cruce entre dos líneas claramente definidas –¿qué es adolescencia, qué es interpretación y como entender ese cruce?- sino como un campo abierto a múltiples peculiaridades sobre las que sólo elegiré algunos aspectos. Estos se referirán a una zona de la experiencia analítica donde los actos discursivos verbales, gestuales y corporales, se hacen presentes tanto en el analizando como en el analista, a veces en los límites del análisis pero con la intención de introducirlos en él. En ocasiones como escenificaciones, otras como actuaciones (“acting out”) que nos convocan y golpean, otras asomándose como pasajes al acto.

Puntualizaré brevemente algunas tendencias. Entiendo a la adolescencia más que como una categoría etaria, como una “*estructura abierta*”<sup>3i</sup> por la mayor flexibilidad entre instancias psíquicas, entre la identificación y la des-identificación en sus diferentes formas, entre el yo y el otro. Esta apertura y plasticidad, que incluye a los modos de hacer relato –lúdico, verbal, gestual, corporal, actos-, nos desafía en nuestra posibilidad de ofrecernos también en esas disponibilidades discursivas, donde las palabras y pensamientos pueden no ser más que balbuceos. Lo cual nos pone en mayor contacto con los riesgos habituales de nuestras intervenciones, de los cuales aquí destacaré dos. La interpretación como traducción al lenguaje de las teorías psicoanalíticas, de las palabras, juegos y actos del paciente<sup>4</sup> y, la actuación transferencial (contra-transferencial), que podría incluir, en una de sus tantas modalidades, al riesgo anterior. Ambos escenarios sortean el prestarse a trabajar la experiencia inconsciente en juego y nos llevan a la pérdida de efectividad analítica en un deslizamiento a psicoterapias con espíritu pedagógico. Si estos riesgos están presentes en cualquier análisis, es cierto también que los adolescentes en general nos los provocan más y nos los perdonan menos.

<sup>3</sup> Kristeva, Julia; La novela adolescente. *Adolescence*; 1986,4,1

<sup>4</sup> Mannoni, Octave; El diván de Procusto. Ed. N. Visión, p.20.

Aunque no podemos prescindir de nuestras referencias teóricas y ellas estarán aquí implícita o explícitamente presentes, preferiré mantenerme en un nivel cercano al relato de experiencias, por lo menos como punto de partida.

### Escenarios de lo lúdico: escenificaciones y ocurrencias

La entrada en la adolescencia es tan singular como contextual. Sin embargo sabemos que en nuestro trabajo encontramos allí mucho del análisis con niños. Es muy interesante cuando venimos trabajando con un niño que entra en su adolescencia temprana, como será el siguiente ejemplo.

T, un varón de 12 años, llega a la sesión con cierta excitación pues en el colegio habían tenido una clase de educación sexual, sobre la anatomía genital del hombre y la mujer. Me cuenta con mucho entusiasmo lo que había aprendido de los órganos genitales de la mujer pero, al describir el interior de los genitales, se empantana y finalmente, dice: *“tiene como dos pelotas adentro”*.

En una sesión posterior intenta dibujar un cuerpo de mujer y no puede hacerlo por debajo de la cintura. Dibuja y borra: *“no me sale”*. Dice: *“¿Vos leíste todos los libros que tenés en el otro consultorio?”. ¡Tenés un montón de libros!”*. Yo le hago un gesto como de interrogación... (Es difícil explicar un gesto pues condensa y abre a la vez). Sigue: *“Yo voy a ser psicoanalista como vos, porque si te preguntan algo no tenés que responder, abrís los ojos así (me imita). ¿Para qué leíste tantos libros si no sabés?”* Yo repito el gesto y dibujo –escribo– en la hoja donde está su dibujo, al lado, un signo de interrogación. Me sorprende que me queda en paralelo a su figura femenina inconclusa. La curva del signo me queda a la altura del pecho de la mujer y el punto, en su parte inferior, donde se detuvo su dibujo. *“Mirá”* –me dice– y dibuja la cabeza sobre el signo, que ahora empezaba a ser un cuerpo. *“¿Vos hacés así el punto?”*, me dice. Descubro que yo lo había hecho como un pequeñito círculo. Y continúa dibujando el perfil del cuerpo de mujer, las caderas y las piernas.

A-“¡Salió!”

P-“Sí. Mi papá me estuvo contando de mi abuelo (“T” no lo conoció), se emocionó, y me dijo que sufrió mucho cuando se murió.”

Se lo notaba afectado. Sigue dibujando *“¿Vos me querés decir que soy yo el que me tengo que ir dando cuenta?... pero yo prefiero que me enseñes vos porqué a mí me cuesta”*.

Le digo que sé que le cuesta, como a su papá le costó contarle lo que siente por su padre y le llevó tiempo hacerlo, pero lo hizo.

*“Sí, es la primera vez que me cuenta algo así”*.

...

En la sesión siguiente lo recibo y me detengo un instante, él sigue hacia el consultorio pero, cuando entro, no lo encuentro y escucho que desde mi consultorio de adultos me dice: *“Adelante”*. Él estaba parado tras la puerta, como yo lo recibía a veces. Entro, sorprendido, con cierto desconcierto y me dice: *“¡Ah, te asustaste!, pero ahora vamos al otro consultorio”*.

Se pueden percibir los grandes temas que experimentábamos en transferencia pero, mi interés aquí, está en las formas expresivas que (nos) tomaban. En un contexto de análisis con niños, podemos advertir una interacción de lo lúdico con lo verbal, el dibujo, lo gestual-corporal y la escenificación. Éstas últimas parecen ser formas expresivas que se destacan más en la adolescencia. Quedamos solicitados, intensamente, por discursos a la vez verbales, gestuales, corporales, gráficos, desde el paciente y en nosotros, donde lo inconsciente se manifiesta como inesperado, como *ocurrencia*. La *“interpretación”* también está muy cerca de la *ocurrencia* del analista en esas formas discursivas tan combinadas como móviles. El signo de interrogación que yo escribo o dibujo fue inesperado también para mí. Fue él quien me señala si yo siempre hago los puntos como un círculo, lo que no siempre es así pero, lo fue esta vez. Las *ocurrencias* en el analista, algo que nos toma por sorpresa y que algunas veces ofrecemos y otras más son parte de nuestro trabajo interior, aparecen muchas veces como pequeños actos, de palabra o entonación, de gesto, de escritura. Permitirnos esas sorpresas en el contexto singular de cada experiencia de análisis, pues así surgen, es permitirnos la dimensión inconsciente que se mueve en nosotros o que nos mueve. Dispuestos al error pero con la confianza de que es la experiencia inconsciente lo que hace posible un análisis. La intervención efectiva del analista parece estar más cerca de esas pequeñas cosas que surgen que de las interpretaciones elaboradas.

Interpretar es poner en palabras, pero esta afirmación obviamente no es suficiente pues eso es todo decir. Poner en palabras las imágenes que el paciente trae en discursos verbales, gestuales, corporales, lúdicos, lo cual especifica un poco más al citar el pasaje de la imagen a la palabra. Pero, es también lo que comienza a hacer un analizando al relatar un sueño o una fantasía. Sin la intención de dar una respuesta general al concepto de interpretación me interesa sí detenerme en esta situación referida, común en el análisis con niños y con adolescentes, y de estructura bastante elemental. La *ocurrencia no consciente* de este signo gráfico de interrogación que fue, a la vez, esquicio de un dibujo de mujer.

El signo gráfico fue precedido de un gesto corporal interrogativo cuando el paciente refiere al “montón de libros” que tengo. Debo reconocer que hay en mí una interrogación muy básica, entre cuerpo y palabra, que me surge ubicado entre mi biblioteca y la sexualidad de la mujer. Quizás también un gesto de suspensión de la respuesta que él me demanda. Ese “montón de libros” a los que él refiere, excede a mi biblioteca. Montón alude a exceso, también a algo indiscriminado, juntado, depositado, con características de objeto anal. Apela a un poder al mismo tiempo fálico y anal a la vez que lo cuestiona (¿habré leído todos esos libros?). El conocimiento anatómico-fisiológico que él había recibido sobre los genitales femeninos quedó impregnado e interferido por fantasías inconscientes referidas a una imago de mujer fálica, pues le dibuja dos pelotas adentro del genital femenino. Con mi gesto transmito interrogación y cierto suspenso de espera. El *suspenso* tiene una función psíquica importante en la medida que pueda ser tolerado e introyectado. Con el signo interrogativo gráfico o el esquicio de mujer sostenido en un círculo, transmito algo más sin ser consciente de ello. El suspenso interrogativo se hace rasgo de mujer y el punto-círculo-orificio que a él lo interroga, parece llevarlo a ponerle la cabeza primero, las caderas y las piernas después. Lo inconsciente transmitido en esa experiencia armada entr ambos le permite hacer de un rasgo, el dibujo de un cuerpo de mujer.

Me interesa apoyarme en esta situación bien elemental y poco excepcional en el análisis con niños y con adolescentes, por la frecuencia en que en estos análisis se da la coexistencia de significantes gestuales, gráficos, corporales, coreográficos, etc., junto a los verbales, para subrayar la importancia de la transmisión de rasgos inconscientes que, desde la castración simbólica del analista, experimentada en transferencia, puedan ser apropiados por el paciente.

En este pequeño ejemplo la ocurrencia también estuvo del lado del paciente en esa inesperada “representación” de mí, cambio de roles, *escenificación en acto* de las palabras que me había dicho antes: “yo quiero ser psicoanalista como vos”. El “*montón de libros*” era algo muy importante, de sabiduría, saber sobre el sexo, pero a la vez: *no sé*. La situación gestual especular, aparentemente imitativa, movía muchas cosas. Ser un hombre grande, ser como papá-analista y poder no saber e interrogarse cosas. Podríamos decir que se insinuaba un grandor relativizado que le permitía jugar a estar en un lugar y otro, imitándome.<sup>5</sup> En la otra sesión “representa” esa situación lúdica de ser el analista, entrar al consultorio de adultos y recibirme. Me adjudica el susto y me invita a regresar a nuestro consultorio de niños. Resuena: “*prefiero que me enseñes vos, porque a mí me cuesta*”. Las escenas que relato son especialmente condensadas, pues en ellas se puede ver el trabajo respecto a la sexualidad de la mujer, la diferencia de sexos, la rivalidad con el padre, la muerte del padre-abuelo y el dolor del padre-hijo, lo cual le permite recorrer esos distintos lugares en él a través de escenarios de “*representación en acto*” conmigo. Las distintas escenas implican situaciones especulares intensas, entrambos, pero a su vez realizan un cambio de lugares de experiencia que dan la movilidad entre escenas. La movilidad de este juego de representación escénica, que implica lo imitativo gestual, lo verbal, lo gráfico, abre a movimientos de deseo inconsciente que parecen indicar que no se trata solo de identificaciones imaginarias transitorias sino de un trabajo con aspectos más simbólicos (lugar del hombre y la mujer, lugar del padre y del hijo en la genealogía, castración simbólica del padre-analista). El juego escénico donde se mueve entre distintos personajes parece ser también una forma de comenzar a tramitar des-identificaciones. Me parece importante situar este trabajo más simbólico pues el fulgor imaginario de todas estas escenificaciones podría hacernos quedar sólo en ellas. Para que esto sea posible, parecería que es preciso no llenar de sentidos interpretativos, sino que, por el contrario, la transmisión de rasgos ocurrentes tendría de alguna forma que tener lugar.

---

<sup>5</sup> Octave Mannoni ha destacado acertadamente la función del juego en el análisis de adolescentes. Tomando en cuenta las teorías del juego de Winnicott propone abrir un espacio de juego en la consulta. En juego se pondrán las identificaciones para trabajar sobre las mismas, aunque sin intervenir sobre las elecciones en el campo de las identificaciones. El analista que mantiene el lugar “del que sabe” no tendrá buenos resultados trabajando con adolescentes, se debe jugar a poner en tela de juicio ese saber. Se busca jugar con las identificaciones para trabajarlas indirectamente. Mannoni, Octave. (1989) *Un intenso y permanente asombro* Cap. ¿Es “analizable” la adolescencia?, Ed. Gedisa, Buenos Aires

### La intervención en acto

El acto entendido como el hacer con palabras, gestos y conductas es algo que el analista en principio suspende para dar lugar a la interpretación transferencial. Quizás todo lo que pueda implicar un cierto ejercicio de la fuerza en transferencia ha merecido un fuerte reparo en ser ejercitada, suspensión que compartimos pues el trabajo analítico la requiere. Pero quizás también, como ya lo ha expresado hace varias décadas Serge Viderman<sup>6</sup>, una necesidad de des-emparentarnos de nuestros antecedentes hipnóticos e hipno-catárticos puede ejercer en esto una fuerte influencia. Reconozco que frases como: aceptar la fuerza que se nos adjudica a condición de no ejercerla o de ejercerla en su mínima expresión en la interpretación en transferencia con palabras, son referencias que tengo incorporadas como analista. Por esta razón cuando me siento impelido a hacer con palabras, gestos o conductas, algo como un dispositivo de poner en suspenso y activar un trabajo interno acerca de qué me mueve a ello, parece desencadenarse sólo. En términos generales pienso que esta suspensión del acto tiene sus fundamentos de existir. Es por esta razón que, si bien en cualquier análisis pero muy especialmente cuando se juegan modos discursivos que además de las palabras implican el juego, la escenificación, el dibujo, etc., nos reconocemos en acciones que ocurren muchas veces antes de ser pensadas y que, a posteriori podemos apreciar su valor analítico. Éstas parecen hablarnos de un hacer inconsciente, a veces a través de pequeñas "ocurrencias", y que pueden tener, al menos a veces, una función de transmisión inconsciente de la cual el paciente puede apropiarse.

M. había llegado, como otras veces, en bicicleta. Pero esta vez la había subido en el ascensor y entrado al apartamento donde tenía mi consultorio, lo que había implicado un gran revuelo de maniobras y ruidos. En otras oportunidades la dejaba en planta baja al cuidado del portero, pero esta vez no lo había encontrado. Se me hacía presente de forma más directa, no intermediada por el portero, que se trataba de cuidar algo muy personal e importante. Por otra parte, veníamos trabajando actos autodestructivos de pequeños daños corporales, accidentales y provocados, que me preocupaban (más a mí que a él). El cuerpo, especialmente lo que significaba rasgos de identidad genealógica, como el pelo por su color negro y rulos y la piel oscura y "gruesa", a diferencia

---

<sup>6</sup> Viderman, Serge, La construcción del espacio analítico, Ed. Denoël, Paris.

de los rasgos, lacios y blancos del pelo y la piel de sus padres de adopción, se había transformado en un escenario doloroso y cruel. Se arrancaba pelos, se lastimaba accidentalmente la piel y luego se arrancaba las cascaritas impidiendo la cicatrización y, en momentos de angustia, se realizaba pequeños cortes superficiales. Estos últimos habían aparecido en situaciones donde no se sentía merecedor de cariño.

En esa sesión habíamos trabajado en transferencia estos temas filiatorios que en él se desdoblaban en distintas imagos maternas: madre (biológica) que lo tiró, madre (adoptiva) que lo robó, madre robada, madre prostituta, madre desaparecida y asesinada (fantasía que provenía de los padres) y, finalmente, madre que no había podido ver y reconocer rasgos corporales muy diferentes a los propios.<sup>7</sup> En esa sesión, M. me cuenta que al venir en bicicleta hacia el consultorio, por una avenida transitada y en bajada, no podía frenar en las esquinas pues estaba casi sin frenos y utilizaba sus pies para frenar. Vimos el peligro al que se sometía y el *desenfreno* que vivía, poniendo su cuerpo y su vida en juego. La sesión tuvo varias derivaciones, tanto hacia su vivencia de la madre que no lo agarró y lo dio, lo dejó ir o lo “tiró”, como él sentía que había sido, como a los padres que no lo agarraron con todo lo que él traía también de otros. Al terminar la sesión M. toma su bicicleta y me dice que va a andar despacio para poder frenar con sus pies. Le digo que eso no alcanza, que no es posible volverse en bicicleta en esas condiciones. Fue un momento que recuerdo intenso y tranquilo a la vez, de parte de ambos, mirándonos, en un clima que podría describir como habitado por la tensión dolorosa entre el deseo de cuidar y de destruir, al mismo tiempo que se reinstalaba en acto el agarrarlo. Él me dice: *“Está bien, me voy caminando con la ‘chiva’ al lado. Es en subida pero no es tan lejos”*

¿Qué vamos a hacer con este desenfreno, con esta necesidad de dañarte, si consideramos al mismo tiempo, que sufrís, porque hay algo vivo e importante que cuidar? Pero esta “mezcla”, este freno a algo que se suelta y tira, está *puesto en acto* allí “conmigo” –en transferencia- y me solicita un *acto*. No se trata de un acto pragmático de cuidado, solamente, pues mis palabras podían haber sido dichas por cualquier persona con sentido común. Se trata allí de reconocer una experiencia inconsciente que nos atraviesa a ambos en esa escena. Yo podría decir

---

<sup>7</sup> Este último punto me ha parecido siempre muy destacable en las identificaciones tempranas, incluida la identificación primaria, de los chicos adoptados de recién nacidos y que depende de ambos padres adoptivos. Quiero decir, muy brevemente, que la apropiación necesaria –por identificación- que hacen los padres en relación a un hijo recién nacido (parecidos) lleva, en estos casos de adopción, a una desmentida de rasgos extraños, cuya falta de reconocimiento incide en la constitución del yo especular y en la identificación primaria del niño. Estos rasgos no reconocidos (no investidos) continuarán insistiendo como extrañeza y ajenidad en acto. Claro está que no es algo que podamos ver solo en las adopciones de recién nacidos.”De rasgos y adopciones”; J. García; 2001.



que introduzco, con palabras en acto, la prohibición, tal como podemos entender una dimensión más simbólica de la castración, la que él vivencia como daño y muerte. Pero, en la experiencia transferencial intensa que allí vivimos, mis palabras hablaban más de la *castración en mí*, en la insuficiencia de la interpretación y el trabajo analítico en la sesión, en el límite de mi poder respecto a esa fuerza desenfrenada y el consecuente reconocimiento doloroso en mí, de esa insuficiencia y ese riesgo. Esta transmisión –no sé de qué otra forma decirlo, pues excede a lo que habitualmente entendemos por “interpretación”- es lo que pienso que ocurrió en acto. La efectividad de intervenir en transferencia para que algo más simbólico de la castración “*haga carne*”, pienso que pasa fundamentalmente por la experiencia de este ‘límite’ o ‘insuficiencia’ dolorosa en el analista. Y esto no creo que se restrinja al análisis sino que es parte de la vida. Veo útil pensarlo como una forma de *transitivismo* más complejo que facilite en quien lo experimente (el paciente en este caso) una forma de identificación-apropiación más simbólica.<sup>8</sup>

Es mi preocupación enfatizar este acto – del analista- como resultado de una experiencia inconsciente en transferencia, que da cuenta, en algo al menos, de la “castración” en el analista, pues sé del fácil deslizamiento a las intervenciones ideológicas por ejercicio de poder, conductuales, de tipo psicoterapéutico y pedagógicas. Se trata de un borde de mucho cuidado pues también hay una tentación al acto –ahora me refiero al “acting out”- del analista, que lo pienso en el sentido exactamente inverso al que planteo aquí (en relación a la “castración” y a “Eros”)

El análisis de (con) M. me permitió observar y experimentar el retorno en acto de sentirse no agarrado, no reconocido, bajo diferentes modos. En el comienzo de su análisis, a sus 11-12 años, cuando trabajábamos en la sala de juego, tuvo un período donde construíamos aviones de papel. Al principio se trataba de que yo lo ayudara a hacerlos y, el desafío –de ambos-, que logran planear o, al menos, no irse a pique. Luego comenzó a identificar a los aviones escribiéndoles siglas, de clubes deportivos y de nombres de países. M. se confundía y adjudicaba siglas –nombres- a clubes y países a los que no correspondían. Es decir, los aviones tenían nombres, distintivos o marcas, pero no coincidían con el país o club con el que decía que eran, o no sabía a quién correspondían. Trabajando esas letras o rasgos sin asidero el juego con los aviones cambió. Él los tiraba, los hacía

---

<sup>8</sup> Jean Bergès, Gabriel Balbo – “Sobre el transitivismo”. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.

planear y yo tenía que agarrarlos antes de que cayeran al piso y viceversa. El desafío del que los tiraba era que volaran, planearan y el del otro, “agarrarlos al vuelo”. Pero en una sesión el juego varió. M. vio que la ventana del consultorio (en un 9º piso) tenía una rendija abierta y empezó a intentar tirar los aviones para que salieran por esa abertura. En un principio yo pensé que era otra forma de querer “meterme goles”, ganarme, “meter el avión por el agujero”, etc., pero noté que en realidad en esta modalidad yo estaba “fuera de juego” y el juego mismo había terminado. No sabía que estaba pasando. Del clima lúdico conmigo, con distintos matices afectivos, M había pasado a no verme, ensimismado en tratar de pasar sus aviones por la rendija y con cierta saña. Yo intenté reintegrar el juego, tratando de atajar esos aviones como en el juego anterior. Lo hacía y lo interpretaba, pero no lograba estar allí para él. Sentí miedo, como en una cercanía extrema entre M y los aviones, desplomándose por la ventana, algo que uno siente cuando un pequeño se acerca a una abertura. Y así, “actué”. Me paré frente a la rendija, cerré la ventana y le dije que todos los aviones, los de todas las letras y todas las marcas eran de acá, que todos los habíamos hecho acá y para jugar acá. Tras esta sesión M. comenzó a venir muy cansado, a recostarse en la banqueta que teníamos con almohadones y a dormirse. Yo quedaba sentado a su lado y un rato antes de terminar la sesión le comenzaba a hablar, despertándolo. El clima del comienzo era claramente depresivo. Todas las marcas y las letras parecen haber estado ahí cansándolo pero también, balbuceantes, en el despertar...

Con casi tres años más, ya un adolescente temprano, la reaparición de estos rasgos se daba en otros escenarios. Uno de los cambios entre el niño y el adolescente es el de sus escenarios. En un niño los escenarios son mucho más próximos a nosotros. Ya no era el avioncito de papel que habíamos construido en sesión y con el cual creamos juegos que fueron interrumpidos por un acto diferente, donde yo quedaba excluido y él demasiado adherido al objeto que amenazaba con la defenestración. Ahora se trataba de su bicicleta, tan importante para un adolescente, cercana a su cuerpo, a sus posibilidades de moverse fuera de la casa (y del consultorio). El riesgo sin dudas estaba allí. Pero esta vez él la había subido al consultorio y me había relatado ese riesgo. Yo podía sentir, otra vez, la cercanía entre él y su objeto en el desenfreno, la caída libre, aunque precariamente frenada con sus pies. Me había puesto allí para hacerme sentir otra vez ese miedo a que algo le pasara, para verme sentir mi miedo a que él se dañara o cayera –muriera-, como si tuviera que reconocerse en el efecto creado en mí.

Aunque conceptualmente podamos establecer una distinción entre el “acto” (*agieren*), el “*acting out*” y el “*pasaje al acto*”, referida a la existencia o no de simbolización y a que la acción esté o no dirigida al Otro<sup>9</sup>, la práctica nos sitúa en estos bordes donde tal distinción se mueve en cada escena. En el juego estamos claramente en el nivel del “acto”. El episodio de la bicicleta sin frenos que sucede y que me relata a la vez, se sitúa a nivel del “*acting out*”. En tanto la interrupción del juego del avión cuando quedo excluido y la amenaza de riesgo que surge del episodio de la bicicleta sin frenos parecen asomar al “*pasaje al acto*”. No constituyen un pasaje aun, pues el acto se da en referencia a mi lugar, en transferencia. Pero asoma en el riesgo y apela a un acto analítico que, antes que simbolizador, pues lo podrá ser “*après coup*”, tendrá que establecerse como experiencia inconsciente de deseo de vida. Esto último no deberá entenderse como una expresión ni filosófica ni mundana. Es la angustia de su muerte en mí, como experiencia inconsciente de castración, la que me mueve en deseo. El *transitivismo* de la experiencia inconsciente puede permitir restituir la subjetivación de su deseo y con ello, la estructura simbólica amenazada por el *pasaje al acto*.

Si bien los fenómenos *transitivistas* que pueden ir permitiendo la conformación de identificaciones más simbólicas podemos encontrarlos en todas las edades, es cierto que en los momentos donde las identificaciones (todas) están especialmente convocadas y jaqueadas, como sucede en la adolescencia, éstos toman mayor relevancia. Pero además, en la adolescencia, su preeminencia es aún mayor por la intensa participación del cuerpo en gesto y acto con los otros, escenario donde las palabras están o pueden estar y requieren estar, muy cerca, cociéndose en esos actos.

Esta variante de los escenarios transferenciales y de los modos en que la experiencia inconsciente se actualiza, convocándonos en la misma escena, nos debería hacer rever nuestra tendencia a pensar los actos –en estos casos- como transgresiones al encuadre, tanto por parte del paciente como del analista. Es el encuadre mismo el que se juega en escenarios diferentes, con modos de expresión diferentes, donde también el analista es requerido en esos modos para su función. Lejos de pensar en una pérdida de importancia del “encuadre”, lo que se pone en juego es una apertura de ese concepto a los diferentes contornos del acto, lo que nos interpela en nuestra capacidad de respuesta o intervención a los efectos de sostener el deseo. Pienso que esto es posible no

---

<sup>9</sup> Lacan, Jacques, El Seminario, Libro 10, La angustia; IX, pp 127 y sig.; 1962-63; Ed. Paidós.

en un nivel racional que implique especialmente al yo sino en la medida que podamos transitar una experiencia inconsciente de *castración*.

Creo que estas experiencias pueden ser pensadas de diversos modos y con diferentes recursos de teoría que, a mi modo de ver, no son tan decisivos respecto a qué podamos transmitir de ellas. En todo caso son preferencias personales, a veces circunstanciales, que pueden tener el mérito de abrirnos pequeñas ventanitas a recorridos analíticos y de pensamiento a veces fecundos.

### Juegos de espejamientos

La intensidad de la puesta en escena a través de distintos armados de relatos atraviesa, diría: necesariamente, por momentos intensos de experiencias especulares. Estas pueden darse en el juego escenográfico, en situaciones que aparecen como imitaciones pero, también, en adolescentes de mayor edad (adolescencia media por ejemplo), en el pensamiento y el discurso. Juegos de palabras y con pensamientos a veces son muy difíciles de distinguir de funcionamientos. Más allá de que ciertas conformaciones psicopatológicas puedan abundar en estos fenómenos, lo que es muy cierto, ellos están de alguna manera siempre presentes y nos desafían a transitarlos desde dentro de la misma experiencia. Referiré a varias experiencias distintas con analizantes en la etapa media de la adolescencia.

Hace ya algunos años un colega me consultaba en relación a un paciente que en una sesión lo había hecho sentir confundido. El joven le comenzó diciendo que no tenía ganas de ir a esa sesión porque se sentía bien. Decía: *“Es más fácil cuando uno está en el fondo y pegando el grito”*. Pareciera que sin esa raíz dolorosa que le permitía saber desde dónde hablaba le resultaba difícil estar con su analista. Siguió diciendo: *“En un momento que fui al cuarto encuentro a “C” mirándose al espejo haciendo gestos. Yo había estado en lo mismo, practicando en el espejo antes de que vinieran.(Pausa) Empecé a transpirar (en sesión)... Algo que me está pareciendo interesante es poder compartir con los otros esas oscuridades. A “C” le planteé hablar de vos.”* El analista: *“¿Hablar de mí? “No! De mí. De mi historia. Como desprendiéndome de mi... Leyendo a San Agustín lo pensé. Es como desligarse de lo de uno... Hablar de mí como si fuera otra persona. Como si hablara en tercera persona, de vos.... Como una forma de poder compartirte vos... Es un poco perder el Yo. Es más fácil contar algo en tercera persona que en*

*primera persona. ¿Cuántos poemas y libros contados en tercera persona son autobiográficos? Aquí puede servir. ¿No sé si a ti te sirva? – A ti te sirve... ¿Tendrá que ver con apropiarte de San Agustín? “Es como una confesión y San Agustín dice que para confesarse tiene que desprenderse de su conciencia. Él habla de depositar su ser en Dios y poder verse él desde arriba. Me llamó la atención eso. Verse desde arriba. –Hablás de cómo incorporar esas cosas ... Leer, escuchar, como en el espejo.... Incorporar algo así. “Es bastante cierto eso que dijiste. Hubo algo que me resultó amargo y es buscar un modelo, para incorporar cosas. .. Ahora estoy transpirando...” –Algo que sentís hoy acá...incorporar, te produce transpiración y te hace sentir que es bueno..*

Se trata de un adolescente de alrededor de 17 años, incursionando aparentemente en temas del “ser”, el “otro”, la auto-observación, las posibilidades de auto-conocimiento e historización y los modelos o ideal. En mayor o menor medida estas son cuestiones que preocupan en la etapa media de la adolescencia, eso que Anna Freud describió como intensas y muchas veces inconducentes preocupaciones filosóficas<sup>10</sup>, que hacen difícil la analizabilidad. El analista me dijo que sintió que en la sesión la confusión parecía sentirla más él que el paciente. Podemos imaginarnos también lo que transpiró el analista para intentar acercarse a esa forma tan humana e intensa de incorporación, como de dudosa racionalidad cuando uno parte de una idea de separación radical “yo”-“otro”, “adentro”-“afuera”. Su pensamiento abstracto –lo cual hacía desconfiar al analista respecto a su veracidad- sin embargo iba acompañado de una reacción corporal de sudor. Él tiene realmente hambre, avidez de búsqueda de conocimientos, experiencias y rasgos para incorporar. Era un tema que se venía trabajando de distintas formas. Aquí incorpora y transpira, quizás como los bebés cuando maman y miran como son mirados, en este caso además, cómo puede ser pensado e historizado desde un tercer lugar. Re crea funcionamientos especulares y avizora un mirarse desde otro lugar, en esa referencia a San Agustín, desprendido del yo que mira y se ve en el otro. Refiere a ese otro lugar como desde arriba, lugar de Dios. Si nos abstenemos de la especulación filosófica sobre el “ser” y nos situamos en nuestro campo, podemos apreciar los recursos de este joven –¿por qué no lúdicos?- que dispone de una estructura simbólica –edípica- aplastada, colapsada en su terceridad, por mantener ese lugar del Padre que, en su historia vivencial, ha estado muy precariamente constituido.

---

<sup>10</sup> Freud, Anna, Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente, Ed. Paidós, BsAs, Cap XI.

En la lectura del material, instancia desprendida de la experiencia transferencial inconsciente de ambos, podríamos haber esperado y comprendido, quizás, a qué se refería el paciente. Sin embargo el analista queda impelido a preguntar si era de él de quien el paciente quería hablar. Es un momento intenso donde el yo del paciente queda en el analista. “¿No sé si a ti te sirva?”, aparece como un ofrecimiento máximo al analista. En las situaciones o juegos de dobles o espejamientos, como en el ejemplo de Narciso, parece necesaria una entrega total a una imagen de sí que crea a otro a quien se ama y se requiere para ser amado. Narciso es por ese otro líquido por quien se ahoga en entrega de amor. La pérdida del anclaje subjetivo es máxima en ese instante. “A ti te sirve,.. apropiarte” –dice el analista-, retorna a él, a un lugar muy precario que él no reconoce cuando no está “en el fondo y pegando el grito”. El “yo” del que habla no queda claro dónde situarlo. El “vos” es “yo”, pero para que así sea requiere de una incorporación a través del analista, es decir, desde algo que retorne desde el analista como reconocimiento y como algo bueno. Esto último podríamos pensarlo desde diferentes aportes de autores. Pues la transpiración también nos sitúa en el miedo de lo que puede incorporar, lo que en otro momento de la sesión aquí no referido él menciona. Nos sitúa en la posición esquizo-paranoide kleiniana, en la función reverie de Bion, en el estadio del espejo de Lacan y en la violencia primaria de Piera Aulagnier, por dar algunos ejemplos. Abordajes viables para establecer un nivel de comprensión de esas experiencias. No obstante el analista está lejos de ubicarse en un nivel teórico. La experiencia exige un nivel donde las palabras e ideas surgen titubeantes y de un modo bastante artesanal, aunque estén presentes, claro está, diferentes referencias teóricas. El paciente parece sentir esa proximidad de las palabras del analista, reconoce que es cierto lo que le dice. Reconoce la amargura de incorporar, un sabor ciertamente que no hace referencia a algo bueno en su recuerdo, pero que quizás se esté pudiendo dar allí, al menos como posibilidad de incorporación desde un tercer lugar más cercano y humano que el Dios al que necesitó recurrir. Si esto es así, la intensidad de la experiencia especular de ambos estaría permitiendo un movimiento hacia la apertura al otro (Otro) y a la apropiación de palabras, rasgos, alimentos tolerables, en una experiencia intensamente corporal. Podemos advertir en qué medida es posible actualizar y re-crear en análisis experiencias básicas para la matriz simbólica del psiquismo. Es todo un desafío para nosotros si éstas ocurren sólo como repetición de algo que siempre falla en su constitución o si esa repetición va permitiendo una re-creación de estructura simbólica. La situación que refiero es puntual y no nos

permite más que un avizoramiento de una posibilidad de cambio estructural, para plantear el problema. Lo esperable es que esta re-actualización aparezca de diversas formas y en distintos niveles en transferencia para seguir tejiéndose como estructura de funcionamiento simbólico desde la experiencia inconsciente.

Las referencias analíticas a estos intensos momentos especulares pueden ser muchas y estar en pequeños detalles. Me preguntaba una paciente: *“¿Eso lo dije yo o lo dijiste vos?”* Se entiende que el analista sabe o puede saber quién lo dijo, pero esto no siempre es totalmente así. Palabras o ideas están en la sesión, en imaginarios cuya autoría no es claramente separable en la dupla, pues viene desde lugares de enunciación de discursos que claramente nos exceden y se constituyen como vivencias fuertemente duales.

Es habitual, por ejemplo, que un analizando descubra algo que ya le habíamos dicho. *“Me estoy dando cuenta – dice un paciente joven- nunca lo había sentido así, pero mi vacío debe tener algo que ver con esta necesidad de decir todo todo y no quedarme con nada y con esta velocidad con la que tengo que hablar todo. Después termino vacío y siento que lo que dije no es algo mío ni verdadero”*. Retornaba desde él algo dicho por mí varias sesiones atrás aunque de otro modo. Sus palabras podemos escucharlas como la descripción de un vaciamiento de contenidos internos, una incontinencia respecto a sentimientos e ideas pero, también como un reconocimiento de un discurso sin sujeto. El sujeto queda desaparecido en este “decir todo” con palabras desamarradas de sus representaciones inconscientes, en una especie de parloteo. “Tomar la palabra”, en su verdadero sentido que implica ser tomado por palabras que tienen su anclaje en huellas inconscientes, por alguna razón importante en mi paciente no estaba pudiendo darse.

En los ejemplos relatados, tras la identificación especular, aparece este pequeño movimiento de interiorización, secundario a la aparición de un tercer lugar de referencia, mirada, que deja hablar sin perderse en el otro. La idea de “interiorización” se corresponde con una vivencia subjetiva pero nos habla de que algo que antes aparecía como identificación en el otro se ha constituido como experiencia inconsciente. Que yo desaparezca como autor de las palabras que ahora son de él nos evoca el transitivismo pero, no en una situación de confusión imaginaria, sino un “transitivismo simbólico” (como lo describen Bergés y Balbo, ob. citada) que resulta auspicioso para la constitución del sujeto. De otro modo podríamos decir que no se trata de una confusión a secas sino del comienzo de una interiorización –introyección-inconsciente.

A los encierros de subjetividades resonantes el análisis ofrece un quiebre desde el lugar del analista que, poblado de imágenes por el analizando y por sus propias vivencias, pone en entredicho con su oficio tanto una certeza de propiedad como una confusión de sujetos, para que algo allí trastabillo permitiendo un interrogante y la chance de asumirlo como propio.

El joven del sentimiento de vacío interior al que me referí se había intentado matar con su auto desplomándose desde un barranco y solo el azar impidió su muerte. Un impulso incoercible y ciego lo llevó hasta allí y a precipitarse. Por un momento le apareció la pregunta “¿Porqué?”, pero rápidamente la desechó, aceleró y se lanzó. Antes de verlo por primera vez yo había sido informado de esto. Pero a su encuentro, sin embargo, cuando se apareció con sus yesos y ortopedias no pude evitar la sorpresa y decirle: “¡Ah! ¡¿Qué te pasó?!”. Parece necesario que aclare que esto no me ocurre con frecuencia. Respondí como si estuviera con alguien conocido pero enterándome de lo sucedido en ese instante, sorprendido por lo que veía, cuando en realidad era alguien a quien no había visto antes y sí había sido informado de lo ocurrido.

Él no tenía ni tiene ninguna explicación ni fantasía de lo que lo llevó a ese pasaje al acto. No sentía dolores en su cuerpo y mucho menos dolor psíquico. Estaba contento de haber sobrevivido a la “gran muerte”. Era como empezar un viaje en el medio de una espesa niebla que no permitía ver ni donde pisábamos. No había allí una subjetividad consistente. Sentía “Nada”. El desafío fue empezar a construirla, aun contra las fuerzas que la habían desbastado y quizás, muy especialmente, desde el transitivismo que me surgió al verlo así. Él no tenía una vivencia de interioridad. La idea de construcción de una subjetividad, que no es sino a partir del rescate de rasgos desaparecidos, apoyándome en los fenómenos especulares y en el transitivismo, era un punto de partida que me pareció útil aunque de muy largo aliento. La construcción de la transferencia lleva en estos casos mucho tiempo en un análisis. Trabajamos construyendo y des-construyendo transferencia imaginaria cuando subjetivamos.

#### **En los límites de la interpretación o la interpretación en los límites**

Interpretar es siempre, en cualquier disciplina que lo pensemos, un modo de leer signos. Cada disciplina y cada intérprete tendrá sus interpretantes. En Psicoanálisis también existe diversidad de interpretantes. Desde la actualización transferencial, una condición preliminar de todo decir y hacer en análisis, resaltarán signos que nos



remiten a pulsiones parciales, zonas erógenas, estructuras de organización de la sexualidad humana como la escena primaria y, con la participación del "Otro" -en prioridad o en coalescencia con las pulsiones parciales- se abre otra dinámica transferencial y de las lecturas de la experiencia analítica. Podríamos seguir citando muchos otros elementos de lectura pero, en todos los casos, la interpretación en Psicoanálisis tendrá que recortarse en sus interminables posibilidades, de una galería de espejos donde el lenguaje habla del lenguaje según los reflejos en diferentes esquemas referenciales -miradas-. Rescatarse creo que conlleva asumir una precariedad, un balbuceo a partir de la experiencia inconsciente que inevitablemente se nos arma en intensos imaginarios transferenciales.

No obstante, interpretar, aun en este asomo a las palabras que nacen titubeantes, es una actividad en la cultura. Es una actividad de desciframiento dentro de un determinado mundo de valores y juicios, aun cuando creamos cumplir con nuestras reglas de abstinencia y neutralidad. Si los analizantes analizables nos ubican en un lugar de saber idealizado que hace menos ríspidas estas marcas ideológicas de nuestros decires, en los adolescentes es muy frecuente que su extrema sensibilidad a estos rasgos haga especialmente difícil la tarea interpretativa habitual. ¿Qué analista es consciente de sus modos persuasivos, de su estética del decir y de la puesta en acto de su habla? Todo análisis nos debería enfrentar a estas cegueras, como puntos originales, re-inaugurados en cada experiencia singular. Pero es con los adolescentes donde esto se nos enrostra con frecuencia. Son sesgos que, aun disponiéndolos, los adolescentes no necesariamente los han adoptado. Nos desafían a experimentar lo que ellos mismos están transitando, y a que las palabras surjan desde la experiencia misma, aunque farfullándose pero sin seducción. Quizás para reírse de esos titubeos en nosotros e ir incorporando lentamente la fortaleza de esa precariedad.

Montevideo, agosto de 2007

## BIBLIOGRAFÍA

**Agamben, Giorgio;** *“Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia”*, Adriana Hidalgo editora, BsAs, 2001, pág. 66.

**Baranger, Willy;** “La situación analítica como producto artesanal”, en: “Artesanías psicoanalíticas” Ed. Kargieman, BsAs, 1994, pp.445-462.

**Kristeva, Julia;** La novela adolescente. *Adolescence*; 1986,4,1

**Mannoni, Octave;** El diván de Procusto. Ed. N. Visión, p.20.

**Mannoni, Octave.** (1989) *Un intenso y permanente asombro Cap. ¿Es “analizable” la adolescencia?*, Ed. Gedisa, Buenos Aires.

**Viderman, Serge,** La construcción del espacio analítico, Ed. Denoël, Paris.

**García, Javier.** “De rasgos y adopciones”; 2001.

**Bergès, Jean; Balbo, Gabriel** – “Sobre el transitivismo”. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.

**Lacan, Jacques,** El Seminario, Libro 10, La angustia; IX, pp 127 y sig.; 1962-63; Ed. Paidós.

---